



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Más de cien años de previsión: algunas reflexiones sobre el concepto martiano de "Nuestra América"

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1993). Más de cien años de previsión: algunas reflexiones sobre el concepto martiano de "Nuestra América". *Cuadernos Americanos*, 4(40), 65-77.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VII, Núm. 40, (julio-agosto de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## MÁS DE CIENTOS AÑOS DE PREVISIÓN. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO MARTIANO DE “NUESTRA AMÉRICA”\*

Por Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR  
CASA DE LAS AMÉRICAS, CUBA

AUNQUE JOSÉ MARTÍ PUBLICÓ en agosto de 1883, en *La América*, de Nueva York, la nota “Respeto a nuestra América”, y el 27 de septiembre de 1889, en *El Partido Liberal*, de México, con el título “Nuestra América”, un comentario sobre el periódico *El Sudamericano* de Buenos Aires, “Nuestra América” es, incuestionablemente, el trabajo martiano que con tal nombre apareció el primero de enero de 1891 en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, y el 30 de ese mes en el periódico *El Partido Liberal*. Se trata de su ensayo programático por excelencia, en que Martí, en el cenit de su madurez de pensamiento y estilo, expone su concepción sobre lo que es, y en especial debe ser, el conjunto de países que se extienden del Río Bravo a la Patagonia, y que él ve como una unidad dinámica, en la estela de Simón Bolívar. De hecho, tal texto martiano probablemente sólo pueda compararse con la “Carta de Jamaica” que el Libertador escribiera en 1815. Ambos textos, el del venezolano y el del cubano, abren y cierran ejemplarmente lo mejor de la meditación hispanoamericana sobre nosotros mismos en el siglo XIX: y, con caracteres diferentes pero complementarios (los separan setenta y cinco años, y los enlaza una esperanza común), se proyectan hasta nuestros días.

Ahora bien, en las páginas que siguen, aunque nos apoyaremos largamente en dicho ensayo martiano, desbordaremos sus fronteras, señalando también observaciones previas de Martí que conducen a la madurez en él del concepto (sin duda alcanzado en su gran

\* Texto leído por su autor en el Coloquio “*Razza cosmica, Nostra America. Categorie giuridiche e politiche della integrazione latinoamericana*”, realizado en la Universidad de Sassari, Italia, los días 23 y 24 de noviembre de 1992.

texto de 1891), y varias que, siendo posteriores a este último, contribuyen a darle pleno sentido.

El sintagma "nuestra América" había aparecido ya en otros autores, como ha señalado Sara Almarza. Sin embargo, esta acuciosa investigadora no cita los primeros usos por Martí, previos a 1883, del sintagma, ni destaca suficientemente la especificidad que llegó a tener en aquél. Desterrado a España por razones políticas al ir a cumplir dieciocho años, al regresar Martí con veintidós años al Nuevo Mundo, en los varios países hispanoamericanos donde entre 1875 y 1881 residió (México, Guatemala, Cuba y Venezuela) elaboró su concepción de lo que ya entonces llamó "nuestra América".

Los años que pasó en México (1875 y 1876) le fueron particularmente fecundos, ya que, según destacó Andrés Iduarte, Martí, "al llegar a México, encuentra allí la patria grande, la tierra y la gente de América". En México, donde entra en contacto con los aborígenes y sus grandes culturas, Martí conoce a un país que se independizó de España, perdió la mitad de su territorio arrebatado en una guerra de rapiña por los Estados Unidos, y reconquistó su independencia frente a las tropas agresoras del Segundo Imperio francés: hecho este último que revelaría en toda su grandeza a Benito Juárez. México fue para Martí, a pesar del golpe de Estado de Porfirio Díaz en 1876 —que repudió—, un país ejemplar.

Aquel México era el país de las leyes revolucionarias de la Reforma juarista, cuyos dos últimos años alimentaron para siempre a Martí: y "la Reforma, simbolizada por Juárez", como dijera Noël Salomon, "significó un empuje dinámico de los mestizos al irrumpir en el escenario de la historia mexicana. Con la Reforma —sigue diciendo Salomon—, surgió verdaderamente lo que José Martí bautizó 'nuestra América' mestiza". Sin embargo, la primera maduración de la idea martiana de América, aunque preparada y adelantada en tierras de México —cuyas culturas aborígenes, cuya historia, cuya vida política, cuyas incipientes luchas obreras, cuyo pensamiento, cuyo arte le fueron decisivos—, más que en aquel país vendría a hacerse realidad en Guatemala, a la que se dirige en 1877, y donde parece trazar un balance inicial de su conocimiento de nuestro continente: allí se reiteran en él conceptos que lo acompañarán hasta el final de sus días. Al comentar códigos nuevos guatemaltecos, escribe en 1877:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no

español, porque la sabia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de la libertad, desenvuelve y restaura su propia alma ... Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

Ese mismo año, en la que debió ser presentación de la *Revista Guatemalteca*, Martí escribe:

Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo: pero tenemos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes.

En carta a Valero Pujol de 27 de noviembre de 1877 añade: "Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa ... ¿qué falta podrá echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!". Y en su obra de teatro *Patria y Libertad (Drama indio)*, que escribe entonces, habla también de "nuestra América" y de "nuestra madre América".

En este fructífero año 1877, y en Guatemala, pues, Martí acuña las expresiones "nuestra América" y "madre América", bocetadas ya en sus artículos mexicanos y que después iban a reaparecer con fuego y acierto en su madurez. Martí tiene ahora sólo veinticuatro años, pero ya ha refutado, como hará luego de modo intenso, la tesis falaz que en 1845 expusiera Sarmiento sobre la incompatibilidad entre la "civilización" y la "barbarie". Martí, en vez de esa oposición, ve cómo en nosotros se armonizan "elementos naturales" y "elementos civilizadores". Y de ninguna manera puede él aceptar que "civilización" es algo que se ha realizado en otras tierras y "barbarie" lo que tiene lugar en su América. Por eso, con respecto a la llegada de los europeos, habla de "la injerencia de una civilización devastadora".

En carta fechada también en Guatemala, el 21 de septiembre de 1877, Martí dice a su fraterno amigo mexicano Manuel Mercado que considera su misión "dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva". Cuatro años más tarde,

cuando ha vuelto por unos meses a su patria, ha sido nuevamente deportado a España, ha residido en los Estados Unidos, y vivido en otro país nuestro, Venezuela, esta idea volverá a su pluma. En su carta de despedida a Fausto Teodoro de Aldrey, escrita en Caracas el 27 de julio de 1881, le dice: "De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta [Venezuela] es la cuna [haciendo obvia referencia a la gesta bolivariana]".

Para entonces, las ideas de Martí sobre el carácter específico, distinto, de nuestra América, parecen definitivamente fijadas. Martí ha sabido distinguir a nuestros países de España y en general de Europa. Pero en 1881, en que parte hacia los Estados Unidos, donde vivirá los quince años de su radiante madurez, comienza para él otro contrapunto en su diseño de nuestra América: el diálogo crecientemente dramático con aquella nación. De ese diálogo saldrá una nueva imagen de nuestra América.

Conviene recordar, antes de abordar ese contrapunto, cuál es exactamente la idea que Martí posee, en 1881, de nuestra América. Por lo pronto, al nombrarla de tal modo, evita privilegiar a ninguna etnia, idioma o zona; se limita a señalar sus fronteras geográficas, y a subrayar que nos pertenece: es *nuestra*. Y es elocuente que Martí diga que se propone "fortalecer y revelar" a esa América suya, nuestra. Pues se *fortalece* lo que es débil, y se *revela* lo que se ignora. Que nuestro ámbito histórico es débil, lo ha confesado también en 1877, cuando el 19 de abril de ese año ha escrito a Mercado: "Estos son mis aires y mis pueblos ... Ni me place oír decir a los extraños ... que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran". Y en una anotación hecha en Caracas, en 1881, añade que "no habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica". Es decir, que si para entonces en su textos *públicos* nos nombra "nuestra América *robusta*", "nuestra América *fabulosa*", en sus textos *privados* nos llama "nuestra América *enferma*", y habla de que no existe aún Hispanoamérica. O sea que Martí diseña en el exterior un *proyecto* grandioso para nuestra América, pero en su interior teme por la no realización de ese proyecto, que incumbe a países que ni son colonias del todo ni han dejado enteramente de serlo (véanse los cuadernos que Lenin escribió cuando preparaba *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, para que se asista a sus tanteos al querer clasificar, es decir, al tratar de entender a estos complejos países nuestros). Por eso en su carta a Aldrey de 1881 puede decir que

se consagra a la “revelación, sacudimiento y *fundación*” de nuestra América. La ambición de este último término no escapa a nadie: ya no se trata sólo de revelar y de sacudir, sino de *fundar*. Obviamente, se funda lo que no existe, o lo que no existe *aún*, aunque sí existan ya los elementos para que lo posible devenga real. El Martí que se ha planteado esta descomunal meta es el que parte en 1881 hacia los Estados Unidos.

Martí había estado ya durante el año 1880 en aquel país, e incluso había escrito algunas páginas sobre él. Pero han hecho bien los editores de sus *Obras completas* en separar de sus *Escenas norteamericanas* esas páginas de ocasión no escritas en español y concebidas exclusivamente para lectores estadounidenses. Las *Escenas norteamericanas*, la presentación y análisis martianos de la *otra* América (que no considera nuestra) son los artículos que sobre los Estados Unidos escribió entre 1881 y 1892 para lectores hispanoamericanos. Si por una parte esos textos impresionantes constituyen la visión más detenida que Martí nos ha dejado de un país, por otra, el conocimiento de ese país iba a revelársele a Martí imprescindible para comprender mejor nuestra propia América, la posibilidad de su realización. “Los países industrialmente más desarrollados”, había escrito Marx al frente de *El capital*, “no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir”. Y también “las naciones pueden y deben escalear en cabeza ajena”.

Que Martí vio desde muy temprano diferencias entre las dos Américas, lo sabemos por apuntes suyos juveniles escritos en España y en México. Pero esas diferencias no iban todavía al fondo, limitándose a señalar “la cabeza fría y calculadora” y una supuesta incapacidad estética de los Estados Unidos: en general, un criterio que haría familiar Rodó en su *Ariel* de 1900. El verdadero conocimiento por Martí de aquel país, de sus elementos estructurales, vendría a tenerlo viviendo en él desde 1881. Sólo entonces sabría en qué medida profunda nuestra América no sólo es distinta de la que llamará “la América europea”, sino que no puede *realizarse* más que *por otras vías* que las que tomaran los Estados Unidos. Ello lo llevaría a sobrepasar el planteo ingenuo, culturalista, de Rodó, y también a comprender la inviabilidad del planteo de Sarmiento, quien murió exclamando “seamos Estados Unidos”. Si Sarmiento y Rodó son hombres del siglo XIX, y en cambio mucho del ideario martiano está hoy más vivo que nunca, ello se debe precisamente, en gran parte, a su experiencia de los Estados Unidos, a lo que en ellos vio, descubrió, combatió, alertando a nuestros pueblos.

Las profundas vivencias martianas en los Estados Unidos, a la vez que lo hicieron admirar lo mejor de ese pueblo (trabajadores, combatientes por la justicia, pensadores, escritores), también lo llevaron a conocer de modo directo y creciente los males que implicaba el sistema allí imperante, y el riesgo que tal sistema suponía para nosotros: hay que tener presente que durante los quince años que Martí vivió en los Estados Unidos, asistió con ojo sagaz y alarmando a la transformación del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista, llega Martí (en su condición de político, pensador y periodista) a hacer un análisis, creemos que el primero en el mundo, de los rasgos del entonces naciente imperialismo; y llega también a comprender la razón de las grandes luchas obreras en los Estados Unidos de la época de los años ochenta (tal comprensión sin duda le facilitaría identificarse del todo, poco después, con la entonces incipiente clase obrera cubana).

Momento trascendente entre sus ricas experiencias norteamericanas lo constituyó la primera conferencia panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890. Martí, el más profundo y violento censor de esa conferencia, ratificó ante ella que los Estados Unidos se aprestaban a lanzarse sobre las Antillas, y más tarde sobre el resto del Continente y del planeta. Por eso, al inicio mismo de aquel congreso, advierte:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Y más adelante añade que aquella región había nacido de la convocatoria de "un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos" que pretendía "ensayar en pueblos libres su sistema de colonización"; con esta última observación Martí se adelanta, como es habitual en él, a conceptualizar un hecho que en este caso, ya entrado el siglo xx, sería nombrado "neocolonialismo".



Nutrido con estos conocimientos fue que escribió a finales de 1890, y publicó a principios de 1891, "Nuestra América". Los antecedentes inmediatos de ese trabajo son las crónicas y cartas en que Martí analizó (y combatió) con pasmosa hondura la mencionada conferencia panamericana, y el discurso de 1889 conocido como "Madre América", que ofreció en Nueva York a los delegados de aquella conferencia, y donde hizo un insuperado paralelo entre los orígenes y caracteres de nuestra América y los Estados Unidos. Y tras escribir en agosto de 1890 *Versos sencillos*, explica en su prólogo, fechado en 1891 (cuando fueron publicados), que ellos nacieron de "aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos". A finales de 1890, con preocupaciones similares, escribe "Nuestra América", que da a conocer en enero de 1891. El conocimiento del *corpus* formado por tales textos (y por otros que mencionaremos y les están emparentados), y desde luego de los graves temores que revelan, es de la mayor importancia para la comprensión y valoración cabales de "Nuestra América", núcleo de aquel *corpus*.

"Nuestra América" es un ensayo poemático de algo más de tres mil seiscientas palabras. Su densidad conceptual e imaginística es tanta que ella fue considerada "verdaderamente espeluznante" por David Lagmanovich, uno de los mejores comentaristas del ensayo. Y lo conceptual y lo imaginístico están allí inextricablemente unidos, por lo que pudimos decir hace cerca de treinta años que "en 'Nuestra América' se junta el análisis penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos".

En lo que toca al pensamiento del ensayo, ha sido diseñado por Cintio Vitier como un "Esquema de 'Nuestra América'" libremente a continuación. Las amenazas que enfrenta nuestra América son internas: el aldeanismo y el desarraigo, y externas: el imperialismo (término que Martí no emplea en el ensayo). El primer peligro interno, el espíritu aldeano, es ciego e inane frente a los países poderosos, ciegos a su vez para los pequeños y débiles. La superación de aquel espíritu supone la autoconciencia y la vinculación con los que están en situaciones similares, para formar una cohorte unida. El segundo peligro interno conduce al extranjerismo y la traición. Su causa está en la vergüenza de nuestra pobreza y en el complejo de pertenecer a "razas" no "blancas". El desarraigado es atraído por Europa y los Esta-

dos Unidos, cuya riqueza se alimenta de la explotación de nuestros países, de la cual se vuelven cómplices quienes, al abandonar nuestras tierras, hacen suyos los valores de las metrópolis. A la vergüenza se une la soberbia individualista, que lleva al desarraigado a acusar a sus pueblos de inferiores. Este punto le provoca a Martí algunas de las líneas más indignadas del ensayo:

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tórtori, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque lleva delante un indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡ibribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo el seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel! ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia?

La supuesta inferioridad de nuestros pueblos nació del desajuste entre su originalidad y la aplicación artificial a ellos de formas nacidas en (y para) pueblos distintos. Las soluciones deben surgir de la comprensión de los problemas propios. El gobierno debe ser autóctono. La autoctonía es el antídoto del desarraigo. Por eso el hombre natural, el mestizo autóctono ha vencido al libro importado, a los letrados artificiales, al criollo exótico. Y de inmediato, la abierta impugnación de la famosa tesis sarmientina: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".

Siete años atrás, en 1884 (cuando Sarmiento, pues, vivía aún), Martí había impugnado:

el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de

la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.

Ahora, en "Nuestra América", dirá que el hombre natural, bueno y sagaz, defraudado en América por el desajuste entre país original y gobierno falso, puede ser manipulado por tiranos que parecen atender a los elementos naturales, pero en cuanto tales tiranos los traicionan, caen. Nuestros gobiernos han sido de "incultos" anárquicos y despóticos, o de "cultos" salidos de universidades con perspectivas ajenas a los factores reales de nuestros pueblos y al arte de gobernarlos. Por eso nuestra educación ha de basarse, en primer lugar, en el conocimiento de nuestra historia, aunque enriqueciéndose con aportes del resto del mundo: "Injétese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas". Tras las guerras independentistas, se entró en el periodo de desajuste entre nuestros elementos peculiares, híbridos, y las formas de gobierno importadas, mecánicamente aplicadas. Y luego, una opinión que revela la radicalización del pensamiento social martiano: "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". Al no haberse procedido así, la colonia continuó viviendo en la república. Pero morirá en nuestra América, donde está naciendo, en estos tiempos reales, el hombre real. Éramos una caricatura de las metrópolis, en medio de la originalidad variopinta de nuestra América, y frente a la oligarquía: "el oidor, el general, el letrado, el prebendado. Fracasaron las falsas soluciones propuestas": el libro (europeo, yanqui), el odio (tiránías, guerras civiles), y se reveló la única solución real: el amor creador. La salvación está en crear.

Sobrepasando los indudables peligros internos hay otro externo: el naciente imperialismo norteamericano, impulsado por la pujanza expansionista y el desdén. Al tema se alude a lo largo del ensayo; en el primer párrafo: "¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!"; en el octavo párrafo, con la imagen del tigre (sobre la cual volveremos), que "espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina"; y en el párrafo once, después de un acercamiento previo ("Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América..."), se plantea inequívocamente: "El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América". Ha podido decir Lagmanovich que "la noción semántica de 'peligro' determina la estructura

externa del ensayo", y que tal peligro es "el de la absorción por los Estados Unidos". Aún más: tal noción de "peligro" determina la existencia misma de este ensayo bien complejo, *pero en absoluto ambiguo*, y está en la raíz de lo que según Martí debe oponerse a aquella noción, es decir las soluciones propuestas para los peligros internos ("el tigre de adentro"): autoconciencia, unión, valor, dignidad, creación, causa común con los oprimidos. La perenne vigilancia debe ser crítica, "pero con un solo pecho y una sola mente", y sin odio de razas, porque no las hay. La mejor defensa se indicó desde el principio: la unión de nuestra América, concebida como una unión de trabajadores, proyectada hasta el porvenir.

Al terminar con una brillante coda, Martí evoca "el himno unánime" de "la América trabajadora", y funde dos mitos indígenas: el del Semí o Cemí, deidad de aborígenes antillanos (que José Lezama Lima daría como apellido al protagonista de *Paradiso*), y el de Amalicava, propio de los aborígenes venezolanos, cuyas semillas, de las que nacerían los hombres y mujeres de la América nueva, "sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar".

De nuevo, según Lagmanovich, "el símbolo aterrador del tigre es lo que constituye el verdadero motor de este ensayo martiano", es "el símbolo estructurador de todo el ensayo". Martí, insospechable de xenofobia alguna (en este mismo texto tan enérgico advierte que no "ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente"), ha simbolizado en su tigre, por una parte, no a un país sino a un sistema depredador, llámese colonialismo, imperialismo, neocolonialismo o con cualquier vocablo que designe la explotación y la opresión de un país por otro: tal es "el tigre de afuera"; por otra parte, a la explotación y la opresión locales, no menos abominables llama "el tigre de adentro".

Como se ha dicho, con poca separación en el tiempo y preocupaciones similares Martí escribió *Versos sencillos* y "Nuestra América". En el poema III de los primeros se lee: "Con los pobres de la tierra/Quiero yo mi suerte echar". Esos "pobres de la tierra" son "los oprimidos" con los que en el ensayo se afirma que "había que hacer causa común". Y desde su perspectiva, la de "la América trabajadora", está escrito "Nuestra América". Ellos constituyen "el hombre natural", el "mestizo autóctono" de que se habla en el ensayo, y que no es una criatura ahistórica, el con-sabido e *hipotético* "buen salvaje". Que la naturaleza del hombre

es su historia, ha sido expuesto al menos desde el joven Marx hasta el joven Ortega. No es otro en este caso el criterio del autor de "Nuestra América", quien sería paradójico al hablar de "el mestizo autóctono" (pues "el mestizo" supone entidades previas que se han fusionado), de no ser porque se refiere así al genuino ciudadano de "nuestra América mestiza": el protagonista auténtico de una historia que nació de otras, como es habitual, pero que tiene rostro propio.

A finales de aquel año de 1891, en cuyo pórtico mismo apareció "Nuestra América", Martí, en acuerdo absoluto con lo planteado allí, abandona sus múltiples responsabilidades diplomáticas y periodísticas (con excepción del más hermoso periodismo político que se haya hecho nunca), y, en fin, todo lo que pueda estorbarle su tarea de redención. Pasa a ser del todo lo que en estos tiempos suele llamarse un cuadro político, y en su caso se corresponde con lo que a lo largo de siglos se ha conocido como un apóstol. Así, El Apóstol, será nombrado con entera justicia a partir de estos años últimos de su corta vida de sacrificio y esplendor.

Es ese Martí en la plenitud de sus dones quien, tras enormes y delicados esfuerzos, funda en abril de 1892, hizo el año pasado un siglo, el Partido Revolucionario Cubano, el artículo primero de cuyas *Bases* anuncia: "El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico".

Que Martí no preveía sólo la independencia frente al colonialismo español lo expresa claramente en no pocos textos: por ejemplo, en su artículo de abril de 1894 "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano" (cuyo decidor subtítulo es "El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América"), donde afirma:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder..., y si libres... serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada, y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio... hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo... Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar... Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.

A principios de 1895 Martí abandona para siempre Nueva York y se traslada a la República Dominicana, donde el 25 de marzo de 1895, ya rumbo a la guerra en Cuba, escribe al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo". Ese mismo día afirma con el también dominicano Máximo Gómez, Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, el *Manifiesto de Montecristi*, el cual, al dar a conocer al mundo las razones del conflicto bélico, explica:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmoló, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre.

Al cabo Martí regresa a Cuba, el 11 de abril de 1895. En la Isla, en atención a sus órdenes, había estallado ya, el 24 de febrero de ese año, el capítulo de la guerra independentista que él había preparado como una obra de arte, según dijera. En los campos de batalla Martí va a vivir sus últimos treinta y ocho días: acaso los únicos días felices de su vida agónica.

El 18 de mayo de aquel año empieza a escribir su última carta a su confidente Manuel Mercado. En ella le habla abiertamente de que se encuentra cumpliendo, con riesgo de su vida, su deber

de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso ... impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia ... Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

Esta carta quedó inconclusa y adquirió, junto con la que semanas antes enviara a Federico Henríquez y Carvajal, carácter tes-

tamentario. Al día siguiente, cuando hubiera debido terminarla, Martí murió en combate.

Si la doble imagen del tigre representa en aquel ensayo fundador de 1891 lo que nuestros países tienen que combatir para salvarse, la irrupción allí de los oprimidos implica el otro polo de ese combate. Y como este último está bien lejos de haber terminado, el deslumbrante ensayo, verdadero manifiesto de nuestra segunda independencia, conserva su urgente y dramática actualidad. ¿Acaso porque el siglo que ha transcurrido desde su aparición será considerado un siglo perdido, como en nuestra América (la América Latina y el Caribe) se considera la pasada una década perdida? ¿Estaremos otra vez, en cierto sentido, como en 1891, y, según dijo el poeta, “hay que empezar de nuevo”?